

VIOLENCIA LICEAL LO FALSO, LO FEO Y LO FACTIBLE

Adriana Marrero¹

Hace mucho que asistimos a la violencia liceal. Hoy nos enfrentamos a un nuevo episodio². Toca examinar lo que sabemos del fenómeno, y qué hacer para superarlo.

Lo falso

- 1) **“Son jóvenes violentos, que vienen de una cultura violenta, que se expresa en el modo de saludarse o de hablarse.** Todos somos educables, sobre todo en la juventud. El papel de la educación es inculcar otros modos de relación de los y las jóvenes consigo mismos, con los demás y con el mundo. Este argumento estigmatiza a los jóvenes pobres, atribuyéndoles un “carácter” violento inmodificable, y muestra los problemas del sistema educativo para identificar su labor. Aducir una cultura “violenta”, es aceptar la renuncia de la educación a educar; es como decir que los jóvenes no saben leer y escribir porque han nacido analfabetos: exacto, y para eso está la educación.
- 2) **“La familia es responsable. Si las familias no apoyan, nada se puede hacer”.** Por cierto, hay familias de todo tipo. La familia es una fuente de desigualdad enorme: Al nacer, nuestra suerte dicta en qué familia nacemos y de ahí en más, qué oportunidades tendremos en la vida. Pero si tenemos una educación *obligatoria*, es para que todos los niños y niñas tengan oportunidad de adquirir una nueva cultura, ampliar la propia, y mejorar sus oportunidades vitales sin importar el lugar donde nacieron. Por eso se les ha quitado a las familias el derecho a decidir si han de enviar o no a sus hijos a la escuela. La educación está para compensar, completar y a veces, *contradecir* los condicionamientos de la pertenencia familiar. No verlo es ignorar el fin de la educación obligatoria.
- 3) **“La violencia es la respuesta juvenil a la violencia simbólica del acto educativo, que no es más que la imposición de un arbitrario escolar ajeno al joven, que lo rechaza”.** La cultura, sea escolar o no, es siempre impuesta, desde que aprendemos nuestra lengua, o a usar cubiertos para comer. Pero ello no tiene por qué generar violencia, y de hecho, no la suele generar. Además, la institución escolar no está para enseñar al joven lo que ya sabe: está para ampliar sus horizontes y *contradecir*, si es necesario los valores que ha interiorizado fuera de la escuela.

Estos diagnósticos tienen algo en común: señalan factores sobre los que la educación no puede actuar: la cultura juvenil, la familia, la violencia pedagógica. Una vez secadas las manos, la pregunta sigue en pie: ¿Por qué?

Lo feo

¹ Socióloga y educadora.

² El 7 de mayo de 2008, en el Liceo No. 38 de La Teja, un grupo de estudiantes tiró unos petardos, lo que generó desde la dirección, una reacción en cadena que terminó con una fuerte intervención policial y la suspensión de las clases por dos días.

- a) **La pérdida de propósito del acto educativo.** Son muchas los factores que han erosionado la idea de que la enseñanza tiene como propósito el de *educar* y que debe hacerse con confianza en sus beneficios: una cierta posmodernidad, la burocratización, la falta de orientación tan visible en la educación, hoy. Pero hay que recuperar la vigencia de ese propósito, que no es sólo transmitir un programa y unos contenidos y aplicar métodos, sino actuar convencidos de que en ellos hay conocimientos y saberes que mejorarán la vida de los jóvenes, y van a ampliar su perspectiva del mundo, de los otros y de sí que los logros van a mejorar sus oportunidades vitales, que al educar se genera ciudadanía, y que la educación, siempre, es enormemente liberadora.
- b) **La falta de compromiso de los trabajadores de la educación.** Se ha extendido el desinterés y la falta de responsabilidad a lo largo y ancho del sistema, en particular a nivel medio: Un tercio de las clases se pierden por inasistencias de los docentes, expresando el poco respeto que les merecen los jóvenes que aguardan en vano. Las y los adscriptos -siempre pocos- se recluyen en su sala y no tienen contacto con los jóvenes, no les atienden cuando faltan los docentes, no les orientan. El personal de servicio –insuficiente- limpia poco y mal los salones, corredores y patios; esto es otra falta de respeto a jóvenes que se sienten “sucios, entre la mugre”. Con frecuencia los directores y administrativos trabajan bajo llave, no controlan la asistencia de docentes, no atienden a los padres, no se interesan por los alumnos, no hacen lo suficiente para que las tareas se cumplan. Las autoridades no asumen responsabilidades, no aparecen, se esconden. Todo esto puede ser explicado -no por el bajo salario, porque peores salarios ganan otros que trabajan mejor- pero explicar no es justificar, y lo anterior no se justifica.
- c) **Las condiciones en las que se dictan clases** son, muchas veces, insoportables: lugares insalubres -suciedad, polvo de tiza acumulado por meses, vidrios faltantes, bancos pequeños, salones fríos, baños rotos-, clases atestadas, donde los jóvenes están obligados a compartir el escaso espacio con otros, o donde no tienen dónde sentarse. Ante esto, el CES se juegan a su propio fracaso, y dice que esto se solucionará en *Julio, con la deserción*, cuando quienes más lo necesitan abandonen la única vía de superación a su alcance. Esto es otra falta de respeto, por lo que se dice y por lo que no se hace. Y tiene consecuencias obvias en los jóvenes: sentimiento de anonimato, soledad, desorientación, falta de sentido, humillación, frustración y rabia.

No tiene caso hablar de petardos, o de papeleras inflamadas. Los adolescentes no siempre se comportan como nos gustaría. Pero estaban en un liceo, a cargo de educadores. ¿Qué pasó entonces?

Se optó por un abordaje punitivo e injustamente general -dejar a todos encerrados, sin recreo- lo que generó frustración y sentido de injusticia, y potenció las condiciones para la agresión. Ante la reacción juvenil –obviamente generalizada- la solución se torna represiva, policial y desmesurada. En suma: la antítesis de lo que debería ser la educación. Todo lo decidido fue en el sentido de agravar la situación: la generalidad e inadecuación del castigo, la solución policial. A esta omisión educativa, se agrega más des-responsabilización: Los docentes culpan a los jóvenes y a sus familias; y las autoridades no creen –en lo inmediato- que deban hacer acto

de presencia. Los docentes optan, entonces, por más *no-educación*: suspenden las clases, no por un día, sino por dos. Menos clases, para jóvenes que la necesitan desesperadamente, en un calendario ya raleado por inasistencias de docentes y por paros con reivindicaciones que para nada los toman en cuenta.

Lo factible

Las enormes partidas adjudicadas a la educación deberían ser volcadas a mejorar las condiciones necesarias para educar: multiplicación de liceos y disminución de su población total, mejora de las condiciones materiales y de equipamiento disponibles a los jóvenes y zonas de esparcimiento, mejora del material bibliográfico e informático para los jóvenes, reducción del tamaño de los grupos a no más de 25 alumnos, más adscriptos, docentes con permanencia en el centro. En fin, que los liceos sean lugares de educación y orientación de jóvenes, donde se les respete su derecho a educarse, y no de simple contención de una población en la que muy pocos parecen interesados, en condiciones que generan frustración y agresión.

Además, es necesario que todos asuman su tarea en el sistema con responsabilidad y convicción. No es razonable culpar a los jóvenes, a su cultura o a las familias. La educación tiene la obligación de generar un espacio de *discontinuidad* entre la vida cotidiana de los jóvenes y su experiencia educativa, de modo que esa discontinuidad resulte atrayente, estimulante, digna, valiosa, y sea vista, por ellos, como una entrada a un mundo mejor: más limpio, más respetuoso, más civilizado, donde abunda el conocimiento, le conocen, le orientan, le reconocen sus derechos, le respetan, y le premian, y al cual quiera pertenecer de por vida. Sobre todo si son jóvenes que sólo cuentan con el liceo público para mejorar vida.

La educación es un *derecho de los alumnos*, que es violado cuando no se los educa, no se les da clases o se les trata como delincuentes. No podemos esperar respeto de los jóvenes, cuando el sistema educativo no les muestra respeto ni como estudiantes, ni como personas.